

# DEL PASAR DE LOS DÍAS

## (SOCIEDAD, CULTURA Y DEMÁS)

Chapuzas, 1989

Informática y creación, 1993

Mujeres, 1993

¿Una generación engañada?, 1993

El bautizo de Ricardín, 1993

Tiempo de Apocalipsis, 1993

Los 'bacalaos' y la cultura del pelotazo, 1993

Dos temas de Sociología de la Familia, 1994

---

### CHAPUZAS: UN CASO REAL COMO LA VIDA MISMA

© Artemio Baigorri

(Septiembre, 1989. Publicado en los diarios EL DÍA DE ARAGÓN y EXTREMADURA)

El día 29 de agosto fuí de compras al Hiper. Salía en viaje de trabajo al día siguiente y debía pertrecharme de algunos aditivos.

Compré zapatos en una zapatería de las galerías comerciales. La suela era de esparto (como las alpargatas tradicionales), y el resto (salvo los cordones) de piel o algo así. Eran muy baratos (sobre mil quinientas pesetas), frescos, cómodos, y modernos.

En el Híper compré un aparejo fabricado con bolitas de madera, para colocar en el asiento del coche. En la etiqueta se hablaba de sus virtudes ergonómicas -reducción del cansancio, automasaje...- y había visto muchos otros coches con esa cosa. Como hago bastantes kilómetros creí que serían una buena inversión las dos mil pesetas (menos un duro; ya saben, así son 'mil y pico' y no dos mil) que costaba el chisme.

También compré cosas de camping -algunas de las cuales siguen funcionando correctamente incluso dos semanas después-, entre ellas una especie de colchoneta plegable, y una de esas lámparas que se conectan al encendedor del coche. También un juego de pilas alcalinas para el ordenador portátil, y una pila de esas pequeñitas y carísimas (setecientas pesetas) para la cámara fotográfica. En fin, como soy un intelectual compré un libro sobre como educar a nuestros hijos para la felicidad, por si servía de algo.

Al salir al aparcamiento probé directamente la lámpara. El enchufe no se mantenía fijo en el encendedor, aunque si yo lo sujetaba se encendía. Eso sí, cuando volví a entrar para devolver el chisme ni me hicieron preguntas: un vale por su importe, que usé inmediatamente para comprar otra lámpara similar, de otra marca más barata, que funcionó.

En cuanto al resto de las compras, la historia fue desigual. Los zapatos aguantaron cuatro días

de uso continuado, antes de que el talón comenzase a descoserse; tres días más tarde el esparto de la suela se estaba deshilachando. ¿Quieren creer que los pobres zapatos no han llegado a conocer el betún? Duraron enteros menos de lo que cuesta mancharlos.

El aparejo anatómico para el asiento se partió en dos exactamente cinco días después de estrenarlo; por supuesto que podía haberlo seguido usando, pero resultaba incluso incómodo.

El plástico que recubría la gomaespuma de la colchoneta se rajó la primera noche en que la usé bajo mi saco de dormir.

En fin, la carísima pila de la cámara duró una semana: exactamente 82 fotografías, por lo que cada foto me había costado 8,50 pesetas sólo de "combustible". Y por cierto que a la vuelta del viaje tuve que cambiar también la pila del reloj (400 pesetas), había puesto nueva cuatro meses antes bajo promesa de que duraría entre uno y dos años.

Naturalmente hube de perder un día en intentar recuperar siquiera parte del dinero echado a la basura. Como siempre, en el Híper no hubo ningún problema (si exceptuamos el hecho de que entre pitos y flautas y sin contar el tiempo, cuesta 1.000 pesetas de combustible y amortización de coche acudir al establecimiento); en el garito de reclamaciones coincidí con otro que traía otro aparejo anatómico de aquél del automasaje: a él le había durado mes y medio. Pero en las tiendas pequeñas no había nada que hacer. ¿Qué bronca vas a montar por unos zapatos de mil quinientas pesetas de los que no te dieron ticket? En cuanto a las pilas, de las que naturalmente tampoco me habían entregado ticket aún cuando debía cargarlas a gastos (¿quién puede tener a Solchaga siempre en mente, como un super-ojo brechtiano, a todas las horas del día y la noche?), encima me pusieron poco menos que de estúpido, casi acusándome de haberlas gastado adrede (por supuesto no me devolvieron el importe, ni me dieron otras nuevas).

Y como siempre uno es uno y sus circunstancias, debí dejar (como todos) el asunto. En mi caso, estaba en casa de mis padres, en unas falsas vacaciones desde las que me había comprometido a atender algunos trabajos menores, y no era cosa de perder el tiempo (como todos) por unos miles de pesetas mal gastados. Así que lo dejé. Al día siguiente salía nuevamente de viaje, ahora definitivamente de vuelta a casa. Por cierto que esa noche empecé a hojear el libro: a partir de la página 20, cada dos páginas había otras dos en blanco, y así hasta la 70; como eran los capítulos dedicados al embarazo y los dos primeros años del bebé, la pérdida no era tanta (lo que le haya hecho mal a mi hija en ese tiempo ya no tiene remedio), así que para qué hacer otro viaje al Híper...

Tenía por delante un viaje de casi 800 kilómetros, que siempre hago en el día. Una paliza, especialmente para mi hija de tres años. Pero no había problema. Hace mes y medio que estrené coche. Un coche de casi dos millones que estaré pagando durante unos cuantos años, y que elegí porque, según decían las revistas especializadas (¡qué fuleros!) destacaba sobre otras marcas por la calidad de su acabado, por la inexistencia de ruidos y vibraciones raras, además de por su fiabilidad. Esto último había quedado en entredicho día y medio después de comprarlo, cuando en pleno adelantamiento a 150 km/hora, en Portugal, se quedó repentinamente sin fuerza. ¡Flap, seco, y encima cuesta arriba! Pueden creer que volvimos a nacer ese día, pero los de la casa como si nada cuando fuí a protestar al día siguiente. "No se preocupe -dijeron una semana más tarde-, le hemos cambiado todo el sistema de inyección diésel, puede ir tranquilo". No fuí tranquilo durante muchos días, pero la verdad es que de eso no ha vuelto a fallar. Quedaba lo del acabado, los ruidos y vibraciones famosos, que te ponen frenético cuando llevas horas al volante (o en cuanto arrancas, si eres un poco nervioso). Tan pendiente como voy de que vuelva a repetirse el fallo de la inyección, no presté mucha atención después de la revisión de los 2.500 kms en ver si habían quitado los numerosos ruiditos de los que hablé al mecánico.

Bueno. Durante el viaje de vuelta comprobé que no me habían quitado ni uno. Incluso había aparecido alguno nuevo. Estoy seguro de que saben (¡Como no lo van a saber!: "si en tu casa cuecen habas, en la del vecino a calderetadas") lo que es conducir durante diez horas con una vibración en el volante, un retemblor en el pie izquierdo cada vez que aprietas el embrague para cambiar de marcha, vibraciones en la guantera cada vez que sueltas el acelerador, y unos extraños y atemorizadores ruidos mecánicos bajo la carrocería cuando circulas por firmes en mal estado (¿llevaré el escape suelto, será un amortiguador mal ajustado, tal vez simplemente un embellecedor, el tabacubos, se me soltará el chasis de pronto...?). Y eso con un coche salido hace un par de meses de la fábrica; revisado por el concesionario hace mes y medio, antes de entregártelo -naturalmente cobrándote por ello, aún cuando se supone que la fábrica te vende un coche listo para circular-; vuelto a revisar tras los primeros 2.500 kms -cobrándote ahora por el cambio del aceite y del filtro del aceite-, y por el que has pagado casi dos millones de pesetas (la mitad de lo que costaba un piso de VPO hace sólo tres o cuatro años). Total, tendré que llevarlo otra vez al taller, hacer mala sangre con un estúpido encargado que parece el recepcionista de un hospital de millonarios apestados (¿a partir de cuántos millones gastados en el auto te tratan bien en un concesionario, una vez los has pagado?), y quedarme otra semana sin coche, tirando de taxi. Naturalmente estoy seguro de que no me quitarán todos los ruidos, tendré que amenazar con escribir a la fábrica, tendré que pasarme por la oficina de la OCU o la OMIC correspondiente, la tira...

Pero volvamos al relato de los hechos (reales, aunque algún ingenuo listillo crea que esto es una hipérbole). Llegamos de noche, sin tiempo ya de ir a comprar leche. No había problema, porque habíamos dejado al marchar un par de ladrillos de cartón de esos que llaman tetra-brik. Llegamos el 5 de septiembre. Uno de los envases caducaba a finales de agosto y lo tiramos directamente. El otro caducaba el 10 de septiembre, así que respiramos... hasta que lo abrimos y empezó a caer una masa de yogur, o cuajada, o esperma de toro, pero que desde luego no era leche bebible. Y ahora véte mañana a una tienda -ni siquiera recuerdas dónde la compraste-, con la caja abierta a decirle al tendero que la leche está mala. Y por veinte cochinos duros tendrás que oírte que seguro que te la dejaste abierta en la nevera, o que la has puesto junto al radiador (aunque sea verano), o qué sé yo, y tendrás que enfurecerte para que el mercachifle te diga al fin, dándote los veinte duros con desprecio: "Ande, déjela usted por ahí, que ya estoy acostumbrado a que me hagan esto". Así que le den por el culo a la leche; a la basura con ella y me voy al bar a comprar una botella (espero que funcione...).

Los intelectuales que proceden del (y van hacia el) marketing llevan quince años hablando de "la sociedad de lo efímero", de la "obsolescencia planificada". Puros eufemismos para describir la fase superior/descendente del capitalismo: la chapucería fina.

La única cuestión está en saber si eso constituye un estadio general del sistema, o es una especificidad española: el chapucismo en un solo país. Los extranjerizantes, al menos desde el padre Feijoo, creen de siempre que la chapuza es un arte español por autonomasia (¿y desde luego, puestos en el '92, qué fue de hecho el Descubrimiento de América sino una chapuza de viaje a la India?), aunque también haya especies en otros sitios. En apoyo de esta opinión me contaba un amigo, técnico de alto nivel en una fábrica de electrodomésticos recientemente vendida (ya saben, saldos'92) a una multinacional alemana, que los 'boches' alucinaban. Sus técnicos, por mucho que gastasen en I & D, son incapaces de diseñar una lavadora que mal que bien funcione -aunque sea entre brutales ruidos y vibraciones-, que dure más o menos como las alemanas -aunque la chapa acabe más corroída que la de las latas de sardinas-, y cueste la mitad; y aquí las hacemos como churros -y nunca mejor dicho-. Esa podría ser una de las claves. Según se mire, o lo hacemos barato pero mal, o bien lo hacemos mal pero barato.

Naturalmente, también es cierto que la mayor parte de los productos más sofisticados que consumimos han sido diseñados y planificados (y aún a veces fabricados) en otros países teóricamente menos chapuceros (por ejemplo mi coche lo diseñaron en Inglaterra bajo control americano, y supongo que americanos controlan en España su fabricación -al menos a ellos les van finalmente los beneficios). De hecho fueron los franceses quienes empezaron a hablar de "la sociedad de lo efímero", así que por algo sería. Y hace ya veinte años que Nader para los coches en particular, y hace diez Marvin Harris para toda la producción en general, nos vienen contando que los productos americanos de consumo son claramente chapuceros (la IBM va a empezar a retirar del mercado un ordenador recién diseñado, nada menos que por segunda o tercera vez en diez años). Así que debe ser el sistema...

Y el caso es que uno no puede consultar la colección completa de 'Ciudadano' cada vez que sale de compras. En cuanto a esos organismos de apoyo como las OCU y OMIC, si denunciásemos todo aquello que precisa denuncia los escasos empleados de que disponen se verían desbordados, y al final pasaría como con la Justicia, que aunque ganes siempre pierdes.

Y es que esto de la chapuza es como esas cajas rusas. Abres una y sale otra dentro, la abres y otra, y otra, y otra... Dentro de cada chapuza hay una chapuza previa que la explica, y otra dentro de ésta, y otra, y otra... Por supuesto que incluso más de un lector pensará que este artículo es una chapuza. Naturalmente la culpa es del redactor que de forma chapucera lo ha recortado para adaptarlo al espacio estándar de un artículo de opinión.

---

## INFORMATICA Y CREACION

© Artemio Baigorri

(Enero, 1993, Publicado en EL PERIÓDICO DE EXTREMADURA)

Amigos de otros tiempos, *prima di la rivoluzione*, osea antes de la década *ligh*, me miran sorprendidos. Denuncié los peligros sociales de los ordenadores y hoy me rodeo de microchips, incluso he intrucido en sus *misterios* a las gentes de mi entorno. Esos amigos aún no entienden el sentido último de la Revolución Informática. Creíamos que acabaría con la imaginación, la veíamos como una nueva arma de los cuadrículados.

Pero los primeros desarrolladores informáticos, constructores de imperios que hoy amenazan a corporaciones paradigmáticas como la IBM, estaban más cercanos a los *padres fundadores* que a los ideólogos de la Era Reagan, más cercanos del anarquismo que de la tecnocracia. Sus máquinas y programas no atacan al pensamiento intuitivo y creador, sino a la caverna neo-escolástica, cientifista más que científica.

En las Ciencias Sociales quienes vivían de tabular datos son arrinconados por los ordenadores, que lo hacen más rápido y sin errores. Torpes contables y sumadores, que durante décadas han cercado, asediado, expulsado, marginado, a quienes se negaban a hacer del cerebro una calculadora, sienten ya el frío de *la venganza de la imaginación*. No saben dominar la máquina, y son dominados por ella.

Sabemos ya que los procesos físicos más simples no se generan en una simple relación

causa-efecto, sino en un complejo juego de retroalimentaciones, con el caos y el azar como artistas invitados. Del mismo modo el conocimiento surge por mecanismos en los que las áreas menos conocidas (y menos mecanicistas) del cerebro juegan un papel fundamental. Son limitadas las variables que podemos controlar conscientemente, pero son ilimitadas las que es capaz de procesar esa caja negra y desconocida del pensamiento: el *ultrapensamiento* inconsciente. ¿Tenemos idea de cuántos datos suministramos incesantemente al cerebro, para ser devueltos, en un *feed-back* inacabable, en actos creativos, en diagnósticos intuitivos?.

Los grandes genios de la Informática ven ahí el límite de los ordenadores, torpes máquinas, porque sólo podemos *enseñarles* las reglas de razonamiento de nuestro cerebro *pensante*, mas no las de nuestro cerebro *ultrapensante*: las reglas de la imaginación, la intuición, el azar, la creación. La Informática es sólo un instrumento más al servicio de la inteligencia, que alivia al cerebro de la necesidad de procesar datos brutos. Y abre el paso a los creadores, a las mentes abiertas e intuitivas.

Los otros quedarán, posiblemente, como bedeles del Saber (para bedeles nacieron, con todo mi respeto para este colectivo, aunque hayan alcanzado, en la Era de las Sumadoras, más altas dignidades). Pero ya nunca serán *detentadores*. Por eso sólo los creadores obtienen, al menos en las Ciencias Sociales, auténtico provecho del uso de ordenadores. Los demás obtienen listados. *Son* un puro listado.

I/93

---

## MUJERES

© Artemio Baigorri

(Abril, 1993. Publicado en EL PERIÓDICO de EXTREMADURA)

Acabo de leer una entrevista a Fernando Arrabal. Siempre me ha parecido un payaso, pero al igual que los niños, también los adultos -o en camino de serlo, pues uno se resiste como puede- también necesitamos nuestros payasos del pensamiento. Destaca en la entrevista su propósito de convertir al catolicismo a Felipe Gonzalez (no estaría mal, ciertamente, que abandonase la ética del protestantismo; que como ustedes saben es estricta en las formas, liberal en lo económico y darwinista en lo social). Pero especialmente me ha llamado la atención un **dato** que, por lo que conozco de las vicisitudes de las mujeres, es muy probable que sea cierto. Arrabal denuncia que la auténtica descubridora del virus del SIDA es una mujer, una bióloga, mientras que el doctor Montaigne, que se pasea por el mundo triunfante gracias al descubrimiento (son casi tantos los que hoy **viven del SIDA** como los que mueren de esta terrible enfermedad), prácticamente no habría puesto los pies en el laboratorio.

Lo creo a pies juntillas. Ayer mismo asistí a la más curiosa presentación de un libro (y digo curiosa porque he asistido a presentaciones sin libro, pero nunca sin autor). Se trataba de la lujosa edición de los manuscritos de dos obras muy importantes en la historia del Urbanismo, casualmente descubiertos, reconstruidos y analizados durante siete años por dos investigadoras. En la sala mucho mass-media, atraídos más por el continente que por el contenido. En la mesa un ministro, un director general, los alcaldes de las dos principales ciudades españolas... y el director de la investigación. Todos hombres. Nada extraño, si no fuese porque faltaban las pacientes

investigadoras que han realizado el trabajo, quienes casualmente estaban sentadas a mi lado. Y digo pacientes no tanto porque hayan precisado paciencia para desarrollar su labor, sino porque como mujeres siguen estando, pacientemente, donde los hombres, con independencia de la calidad de los méritos personales, las seguimos poniendo. No tienen elección: o eso o nada, salvo que opten por abandonar su femineidad y pasar a actuar como hombres. Es decir como devoradores, pisoteadores, dominadores, practicantes del codazo y la zancadilla.

Son sólo datos, elementos que muestran claramente la situación de las mujeres en sectores como la investigación y la Universidad. No es vanal, y no cabe decir que así ocurre en todos los ámbitos de la sociedad. Es que se trata de las zonas de la sociedad donde, supuestamente, anidan los pensamientos más avanzados, las actitudes más racionales. Pero no es así. El comportamiento de los **machos** universitarios, catedráticos o sabios doctores, respecto a las mujeres, no se diferencia todavía en mucho del de los machos suburbanos y aculturados. Simplemente lo disimulan mejor. 17.IV.93

---

## ¿Una generación engañada?

© Artemio Baigorri

(Julio, 1993. Publicado en EL PERIÓDICO DE EXTREMADURA)

*"Un coup de vent, Mister the Wind/ Un coup de vent, Please!"*

**Leo Ferré** (in memoriam)

Con treintaytantos y de pueblo, pertenezco a una generación que, en lo que a traumas y represiones se refiere, no tiene nada que *envidiar* a la generación que hoy controla el *stablishment*. Tomamos leche en polvo americana, fuimos monaguillos, y en una u otra ocasión todos levantamos el brazo. Estudiamos acogotados por curas, monjas, y profesores de FEN. Sin propina, crecimos a la vez que la riqueza del país, y descubrimos luego que esa riqueza surgía de la explotación -y autoexplotación- de nuestros padres, los niños de la Cruzada, la auténtica generación perdida del siglo XX español. Llegamos a la Universidad y estaba en guerra. Los actuales cuarentones y cincuentones, entonces penenes a la búsqueda del puesto fijo, nos animaban a luchar, primero por su sueldo y *-last but not least-* contra el Régimen. Nos metimos a saco en la refriega, y a cambio nos trajeron algunas chucherías de sus viajes al extranjero: apenas la resaca del '68, pero nosotros va y nos la creímos. Ahí es nada con Pink Floyd, Sisa, la Dharma, los porros, las manis, el ecologismo (no la neotecnocracia pajarera) y el pensamiento libertario... Hasta que la fiesta se dió por liquidada, una vez que hubieron recogido la antorcha del Poder, de manos de una generación que no llegó a ejercerlo.

Habíamos abandonado familias, pueblos, carreras, trabajos, novias.... Porque estábamos construyendo qué sé yo qué **TRANSICIÓN**, ayudados por un **VIEJO TOPO** que venía en **BICICLETA**, y **MIENTRAS TANTO** llegaba el **TRIUNFO** comíamos **AJOBLANCO INTEGRAL** con aperitivos de **ALFALFA** (o **USERDA** en catalán) que trajo aqu**EL** **ECOLOGISTA**, y también había quién hacía **ALTERNATIVAS** distintas del **MUNDO**

**OBRERO** que nos prometían, siempre temerosos de quienes nos miraban, amenazadores, desde los torreones de **EL ALCÁZAR**. Pero todo esto fue hasta que los cuarentones, una vez situados después de hacer el **CAMBIO**, hicieron un **PAÍS** a su medida, que se abatió como una losa sobre nuestras ilusiones y utopías, y ni siquiera fue ya posible la **LIBERACIÓN**, que se ahogó en deudas. Así que muchos se fueron entonces a **LA LUNA**, descubrieron que se podía vivir del cuento y allí se quedaron haciendo diseño. Otros se conformaron con colocarse de favor como asistentes y secretarios de sus mayores, y el resto sobrevivimos como pudimos, rebeldes con causa y como tal incómodos en las recepciones. Percibo entre las gentes de mi generación una sensación generalizada de haber sido estafados.

Y es que somos una generación engañada. Nuestros hermanos mayores nos animaron a construir utopías, pero luego sólo dieron cancha a los payasos. En sus chalets han puesto césped, que es rastrero; hiedras, que son trepadoras; frutales, que son muy prácticos y producen bienes materiales. Pero a los árboles frondosos no los riegan, por miedo a que les den demasiada sombra. Por eso tal vez sea llegada la hora de que la generación que un día se creyó el discurso tome las riendas, de manos de quienes, en buena parte, se han convertido en cínicos. Nos faltan cromos para completar el álbum que empezamos a coleccionar en la adolescencia, y ellos tienen muchos repetidos. V/VII/93

---

## EL BAUTIZO DE RICARDÍN

© Artemio Baigorri

(Septiembre, 1993, inédito, escrito como divertimento)

Como nada humano me es ajeno, al decir del otro, y están hasta en la sopa (boba, por supuesto), leí el otro día una entrevista a Ricardo Bofill, arquitecto en ciernes, el hijo de Ricardo Bofill, afamado arquitecto. Pensé yo que, siguiendo los pasos de su padre, habría iniciado su carrera de arquitecto con alguna ordalía de hormigón y colorines, ya que se lleva de nuevo la psicodelia.

Pero no era noticia por su obra arquitectónica, así que no sé si será tan hortera como su padre (algunas de cuyas obras de madurez, sin embargo, me gustan). El niño era noticia porque va a casarse con Chabeli, o Chábeli, Iglesias.

Yo no entiendo muy bien cómo un chico de buena familia, educado en las mejores universidades yanquis (como corresponde a un hijo de la *gauche divine*), con una buena profesión, guapo y con un cuerpo danone (también es cierto que con todo esto ya no hace falta que además sea inteligente), se lía con una chica que, de cara, me parece más bien feílla, de tipo y ademanes resulta bastante pavisosa, que no tiene otro oficio que el de salir en las revistas para la clase tonta, y que cuando habla parece medio ídem. Pero seguro que algo hay que la chica hace como nadie, y además, a mí no me importa con quién se lía Ricardo Bofill, hijo de Ricardo Bofill.

El chico dice estar tan enamorado que piensa vivir con la chica hasta los 80 años, y suicidarse después. Vale. Está bien, porque así se ahorrará unos años de pensión la Seguridad Social. Porque no sé cómo lo hacen, pero los ricos siempre tienen, además de sus rentas, pensión de la Seguridad Social, generalmente millonaria. Así que como las pensiones de todos los ex-ministros, ex-diputados, ex-altos cargos, ex-yuppies, tendrán casi bloqueado el sistema de aquí a medio

siglo, hay que agradecerle por anticipado el ahorro.

Lo que me ha llamado poderosamente la atención, de su entrevista, es la displicencia con que el niño revela que, aunque su padre presumía "*en sus tiempos*" de no haberlo bautizado, se encuentra bajo la capa protectora de la Iglesia porque en realidad le bautizó al poco de nacer.

Y está bien que lo haya contado así, con esa naturalidad y esa tontería, porque ello indica al buen observador que a los ricos del futuro los vamos a tener en su sitio, como corresponde. O sea donde siempre han estado. Porque uno, en su primera juventud, se admiraba: ¿cómo puede alguien ser exilado, rojo anarquizante y anticlerical, no tener título de arquitecto, y ser un arquitecto famoso en este país? (*este país* era la España de hace veinte años). Y, claro, en su primera madurez se lo explica: es que el tipo no estaba exilado, sino de marcha en París protegido con las rentas de papá; es que no necesitaba el título, porque tenía firmones suficientes en su propia familia; es que no era rojo ni anarquizante ni anticlerical, sino un liberal que por si acaso bautizaba a sus hijos a escondidas...

Por eso está bien que, aunque no haya hecho nada conocido de provecho, le hagan entrevistas a Ricardo Bofill, hijo de Ricardo Bofill. Porque los jóvenes de hoy, que son más listos que nosotros (los jóvenes siempre son más listos, siempre son mejores), no se creyen lo que oyen, sino lo que ven. Encontrarán quien les engañe, porque tarde o temprano todos lo encontramos. Pero no serán los mismos que nos engañaron a nosotros.

---

## TIEMPO DE APOCALIPSIS

© Artemio Baigorri

(Febrero, 1993. Inédito, pues me parecía muy 'fuerte'; pero se ha cumplido el pronóstico)

Los telepredicadores y la caterva de sucedáneos del periodismo escrito, traen una nueva moda intelectual: el Apocalipsis. A los horri-gramas acuden los más lastimeros predicadores del foro nacional, para atribularnos con sus gemidos. Hasta consiguió llevar Hermida a su ceremonia, hace unas semanas, al máximo representante de los predicadores de verdad: el jefe de los obispos españoles, que apenas consiguió unos tibios aplausos en la orgía apocalíptica, porque el público pedía sangre, y él sólo ofrecía caridad.

Me recuerdan al llamamiento de Urbano II en Clermont, en torno al año 1.000, advirtiendo del surgimiento del Anticristo, con el que lanzó a las multitudes de harapientos a perseguir inmisericordes al moro. De hecho no suele faltar en esas *misas negras*, como en la proclama del *prophetæ* Urbano, el llamamiento a alguna especie de Cruzada. ¡Todos somos pecadores!, clama el histrión televisivo... Todos pretenden emular a Pedro el Ermitaño, que iba con los pies descalzos, comía lo menos posible, y galvanizaba a las multitudes, que llegaron a arrancarle pelos a su asno para hacer reliquias (*ellos*, no obstante, van bien calzados, y comen en restaurantes de postín).

No es que prediquen por cuenta de Aznar, pues el pobre no sabe *ni predicar ni dar trigo*. Es algo más profundo, que sale de sus generosas almas, dispuestas a limpiar este país de podredumbre. Con esta nueva matraca los desocupados del espíritu van a sustituir el diseño y las

horteradas almodovarenienses que ellos mismos nos han metido hasta en la sopa durante casi diez años. Los *predicadores* de cuché y cajatonta, que se han pasado la década lamiendo culos para entrar en los salones, adorando al becerro de oro, exaltando a los banqueros, elevando a las más altas cimas a los muchos oportunistas que en los años '80 se subieron como pudieron al caballo ganador, halagando a las putas de postín, tirando de VISA oro, loando las perversiones y el vicio fino, babeando sobre los *cuerpos danone*, sin otra ocupación que ridiculizar a los sectores sociales que trabajaban por el avance de nuestra sociedad, intentan ahora lavar sus pecados enmerdándonos una vez más a todos, intentando hacernos a todos cómplices de su propia miseria moral. Acabarán descubriendo la Utopía, les veo venir, como un producto más para la venta. Jugarán con ella, como hacen con la sangre y el dolor de hombres y mujeres, cual si de moneda de cambio se tratase.

No entro en su juego. No he participado de esa cochambre, como tampoco buena parte de este país. Nos hemos dedicado a trabajar y gracias a ello, y a pesar de los pesares, este país se ha transformado profundamente en los últimos años. Aunque queda mucho, todo, por hacer, hoy nos sentimos más libres, más cómodos, más cultos, con menos miseria y con más orgullo que hace una década. Los predicadores mass-mediáticos van a intentar hacernos sentir mal por ello, pero no nos dejaremos. 25-II/29-III/93

---

## LOS BACALAO Y LA CULTURA DEL PELOTAZO

© Artemio Baigorri

(Agosto, 1993. No tengo referencia de haberlo publicado)

Los he visto en las mañanas de domingo, rebeldes en las formas (osea, con un aspecto lamentable), cuando yo, aburguesado en las formas (osea, limpio y aseado), salgo a comprar la prensa; una prensa demasiado cargada (con algo hay que llenar el vacío noticioso del verano) de noticias, reportajes y comentarios escandalizados sobre sus andanzas. Son los del bacalao. Como en provincias son más catetos, y andan aún con aquellos pañuelos sobre la cabeza (cachirulos de la tercera ola) del *acid house*, reflejan en mayor medida su parecido con los piratas de cartón piedra. Son el vivo retrato del auténtico *Bacalao*, ese capitán Hook ególatra, narcisista, caprichoso y torpe, que persigue envidioso, por los siglos de los siglos, a un Peter Pan sumamente libre que no se deja guiar por ninguna especie de dictado (ni de la moda, ni de la conciencia ajena, ni de la jerarquía impuesta). Un capitán Hook siempre protegido, en sus torpes andanzas, por un señor Smith que es no es sino la imagen freudiana del padre. Dustin Hoffman lo bordó hace un par de años en '*Hook*'.

Los padres de los bacalao se llevan las manos a la cabeza, y sufren en silencio. Pocos reaccionan, sin embargo. Unos porque son conscientes de que son ellos, su generación, quien introdujo las drogas sintéticas en las sociedades ricas de Occidente; son los de su generación quienes todavía hoy flirtea con teorías sobre su legalización; son los de su generación los que hacen negocio con la droga. Otros porque se sienten cómplices, pues durante años se han dedicado a alimentar a sus hijos con todos los caprichos posibles, durante la última época de crecimiento económico salvaje. Ellos les han puesto el coche en la puerta, para que hagan la ruta, y las 5, 10 ó 15.000 pesetas en el bolsillo cada fin de semana.

En una cosa (entre bastantes otras) tenía razón Marx: la ideología que expresa los valores,

creencias y *programas* de un grupo social, viene determinada, de una manera ciertamente compleja pero al fin mecánica, por la base productiva, o sea eso de las relaciones de producción. Y los bacalaos son la expresión cultural, ideológica, de las relaciones productivas que han impuesto sus padres a lo largo de la última década (no sólo en España): la cultura del *pelotazo*.

En un aspecto esencial son como los jóvenes de todas las épocas. En la medida en que los medios económicos y la tolerancia social lo ha permitido, los jóvenes siempre han intentado divertirse lo más posible, lo más intensamente posible, y lo más drogados posible (fuese con alcohol o con otro tipo de drogas más *asociales*). La diferencia *generacional* estriba en que hace unos años, cuando la ética imperante era de tipo calvinista, productivista, los jóvenes nos divertíamos pensando que, pese a la opinión de nuestros padres, no perdíamos el tiempo, porque a la vez que nos divertíamos *producíamos*, discutíamos sobre Mao y Bakunin, mejorábamos a toda la Sociedad, hacíamos la Revolución Social. Mientras que los jóvenes bacalos, como digo, expresan otra ideología: una ideología que persigue el máximo placer en el menor tiempo posible, con el menor coste personal posible, y sin otra intencionalidad que el beneficio individual, importándoles un bledo el resto de los mortales, que sólo son considerados en la medida en que les puedan ser de utilidad para sus intereses. Esa es la cultura del *pelotazo* que han impuesto sus padres, y que les han transmitido.

Por lo demás, no todos los jóvenes, ni mucho menos, son bacalaos, aunque como siempre los grupos dominantes creadores de opinión conservadora intenten meterlos a todos en el mismo saco. Como siempre también, la mayoría encarnan más bien a Peter Pan y sus *niños perdidos*. Se preparan para enfrentarse, el día de mañana, a los bacalaos hechos adultos, es decir piratas, o sea clase dominante.

---

## DOS TEMAS DE SOCIOLOGÍA DE LA FAMILIA

© Artemio Baigorri

Noviembre, 1994. Exposición para mesa redonda sobre *La familia hoy*.  
Acto conmemorativo del Año Internacional de la Familia, organizado por la  
Comunidad Baha'i. Casa de la Cultura, Badajoz, 7/XI/94

En una exposición tan breve como la que podemos permitirnos en la mesa, creo que lo más útil que puedo hacer es reflexionar sobre algunos temas que sin duda van a salir, tanto en la mesa como en el coloquio, haciéndolo desde una perspectiva sociológica.

He escogido dos cuestiones que son de plena actualidad, y que en cierto modo están plenamente interrelacionadas entre sí, y sobre las que, por lo demás, es posible hacer aproximaciones desde perspectivas muy diversas: sociológica, psicológica, económica, legal o incluso política. En primer lugar lo haré sobre un tema crucial, ese fenómeno conocido como *crisis de la familia*, que preocupa a la sociedad desde hace décadas; y me referiré en segundo lugar a las formas e intensidad del conflicto generacional en los momentos actuales. Intentaré aportar elementos para el debate, poniendo en duda primero la existencia de una crisis en la familia como institución, y en segundo lugar el tópico cada vez más extendido sobre una supuesta

inexistencia de conflictos generacionales en la actualidad.

## 1. ¿La familia en crisis?

Entendiendo el concepto de crisis en su acepción última, es obvio que estamos ante una crisis de la familia. Como institución, ha sufrido una profunda transformación, como consecuencia de los cambios ecológicos, económicos, y sociales ocurridos a lo largo de los últimos cien años. Pero, en este sentido, la crisis es consustancial a las sociedades humanas, y consustancial por tanto a todas las instituciones.

Ahora bien, en el sentido que habitualmente se le da al término *crisis*, y más cuando va referido a la familia u otras instituciones tradicionales (es decir, un sentido de la crisis celebrada desde un ángulo como agotamiento, y temida desde el otro extremo como destrucción), en ese sentido no creo que pueda hablarse de crisis de la familia en términos de desaparición de esta institución. De hecho, buena parte de las funciones tradicionalmente atendidas por la familia siguen estando plenamente vigentes, aunque hayan variado sus contenidos, aunque en otros casos se haya dado lo que algunos sociólogos llaman una *despotenciación de funciones*, e incluso aunque algunas de esas funciones hayan caído en la obsolescencia. Por ejemplo, a pesar de todos los cambios, la familia sigue cumpliendo en la sociedad actual una función esencial como *definidora de status*, y sigue cumpliendo una función *educativa*, aunque en parte estas funciones hayan sido traspasadas a otras instituciones, como las educativas o los medios de comunicación. Y sigue cumpliendo una *función económica* esencial para el funcionamiento del sistema, aunque haya pasado de ser una unidad de producción a ser una unidad de consumo.

Por otra parte, los profundos cambios operados a nivel estructural en la familia (por ejemplo, en la distribución de roles). no parecen haber afectado a sus fundamentos últimos como instrumento de cohesión social.

No obstante, si tomamos la institución familiar como constituida por una serie de elementos constitutivos (convivencia de al menos dos generaciones; estructura de parentesco que regule obligaciones y derechos entre adultos, jóvenes y entre ambas generaciones; y un conjunto de valores que sancionan o legitiman la sexualidad marital, el intercambio de bienes económicos, la intimidad, la protección, educación y desarrollo personal de cada miembro), es probable que estemos entrando en un periodo en el que tenga que compartir con otras instituciones la tarea de atender a la resolución de los problemas de convivencia, estabilidad y progreso.

Buena parte de las funciones que cumple la familia puede que sean atendidas también, al menos durante un tiempo, por instituciones como la *familia* monoparental o las parejas homosexuales<sup>(1)</sup>. Es difícil estimar si nos encontramos frente a un fenómeno temporal, coyuntural, o si estamos asistiendo a un cambio de carácter estructural. No debemos olvidar que, a lo largo de los años '70, la sensación de crisis de la familia era generalizada, del mismo modo que muchos estudiosos apostaban por una sustitución paulatina por otras instituciones, como la comuna; sin embargo, a lo largo de los años '80 hemos asistido a un cierto *robustecimiento* de la institución familiar, pese a todos esos cambios ya señalados. Sin duda el desarrollo económico, que retrasa progresivamente la edad de incorporación al mercado de trabajo, esto es al mundo de los adultos y de la independencia económica; y fenómenos coyunturales como la crisis de la vivienda, que a su vez ha limitado las posibilidades objetivas de salida del nido, estén en la base de ese robustecimiento institucional en mayor medida que las campañas moralizantes de corte conservador que han conformado el discurso ideológico de la década.

Por ello habrá que seguir atentos, para saber hasta qué punto estamos ante un nuevo fenómeno propio de las *modas culturales*, o si por el contrario hay que relacionar aquellos ensayos de hace

dos décadas con los actuales, constituyendo el conjunto de ambos un cambio de tendencia estructural que lentamente se vendría manifestando. Dejo ahí la cuestión, pues personalmente no sería capaz de definirme ahora mismo en uno u otro sentido.

## 2. Nuevos roles, nuevas formas de relación

Antes de hablar propiamente de las relaciones paterno/filiales, creo necesario apuntar algunas reflexiones, que para algunos pueden ser chocantes, sobre conceptos como los del amor maternal, el rol paternal, etc.

La dura batalla que ha supuesto para las mujeres el cambio de rol ha llevado a plantear los términos materno y paterno filiales en unos términos tal vez apropiados para la contienda ideológica, pero inadecuados para el conocimiento de la realidad social.

Así, se ha llegado a plantear, y esta es una concepción crecientemente extendida, que el amor maternal es sólo un sentimiento contingente, que evoluciona en función de los cambios culturales, y que más o menos era impuesto a las mujeres por el grupo dominante de los hombres.

Ahora bien, en principio, yo no admitiría en términos absolutos que el amor maternal sea únicamente un sentimiento contingente. Más bien me inclinaría a pensar que es el rol paternal, alejado de la ternura, o más exactamente del *amor paternal*, lo que constituye un sentimiento contingente, que tal y como hoy lo conocemos es producto de las necesidades de la cultura occidental, primero guerrera, luego mercantilista y al fin capitalista.

En este sentido, y a tenor de los actuales cambios sociales, creo que las relaciones afectivas de la familia van a ser más intensas, democráticas (es decir inter pares) y desprejuiciadas. De hecho, los profundos cambios en el rol de la mujer no se han traducido, al menos por el momento, en una disminución del *amor maternal*. Pues no hay que confundir la distribución/asignación de tareas en la *empresa familiar*, con las relaciones de afecto hacia los hijos, que no parece se estén viendo muy afectadas por los cambios sociales<sup>(2)</sup>. De hecho, las visiones apocalípticas que a este respecto vienen repitiéndose sistemáticamente casi desde el inicio de la industrialización masiva, a finales del siglo XIX, y que vienen hablando de la descomposición de la familia, no han llegado a hacerse una realidad demostrable.

Otra cuestión es la intensidad del contacto paterno&materno-filial, que obviamente se reduce a medida que el grupo (sea a través de la sociedad civil, del mercado o del Estado) se hace cargo, durante una parte crecientemente mayor del tiempo, de los hijos. Aunque también deberíamos tener en cuenta que la reducción simultánea del tamaño de la prole conlleva una tendencia inversa, esto es una mayor atención por unidad-hijo (por ejemplo medida en *horas de intercambio de afectos*).

En suma, lo que sí que podríamos considerar tal vez como un producto cultural son las **formas del amor maternal**, habiendo entrado en crisis, sencillamente (y aceptando este punto de vista), el concepto de sacrificio materno como forma de amor maternal.

Y esta pequeña introducción nos permite plantearnos con más claridad esa segunda cuestión a tratar, de la dicotomía autoritarismo/permisividad en las relaciones paterno&materno/filiales.

En principio parece que las tendencias caminan en mayor medida hacia la permisividad que hacia el autoritarismo, aunque no faltan las advertencias, como la del psiquiatra Rojas Marcos, que hablan de un extraño síndrome que denominan *hambre de padre*, y que caracterizaría a muchos niños que, o bien se han desarrollado en familias monoparentales (a consecuencia del divorcio de los progenitores), o bien lo han hecho en familias en las que el padre, decidido a no aplicar una educación autoritaria, no ha encontrado sin embargo el punto apropiado y ha ejercido

una permisividad absoluta. Ese concepto del *hambre de padre* tiene en mi opinión una fuerte carga ideológica, al intentar cargar subrepticamente sobre la liberación de la mujer una cuenta que corresponde a las estructuras sociales, esencialmente a la desigualdad. Pero, en cualquier caso, no deja de ser reflejo de una problemática realmente existente.

Evidentemente, el proceso de cambio de una educación y relación autoritaria (apta para una sociedad altamente productivista y competitiva) a una que yo no denominaría tanto permisiva como democrática (adaptada a los cambios sociales operados en la denominada *sociedad postindustrial*) ha supuesto un estadio de desconcierto. Una economía mundializada, una cultura homogeneizada, nuevos esquemas de trabajo en equipo (tanto a nivel micro como macrosociológico) no pueden funcionar mediante esquemas de relación autoritaria.

Aunque no hay que perder de vista que, especialmente en la sociedad española, siguen conviviendo formas de relación autoritaria con formas permisivas: la clase social, la formación adquirida, el status, la pertenencia étnica, son factores que siguen determinando en gran medida el *estilo* de relación paterno-filial, más que las grandes tendencias socioeconómicas. Además de, por supuesto, el tipo de articulación de la familia con otras instituciones sociales, especialmente con la escuela pero también con otras personas y relaciones fuera del hogar<sup>(3)</sup>.

De alguna manera, se está dando un proceso de aprendizaje de nuevas formas de relaciones y recomposición de roles que, según algunos investigadores, afectan tanto a los padres como a los propios hijos. Algunos apuntan cómo, *"en vez de ser los niños quienes aprenden a desempeñar los roles familiares culturalmente prescritos, (...) los roles de los padres y de los hijos aparecen siempre abiertos a la negociación, siempre sometidos al regateo apoyado por amenazas, pues rápidamente el niño adquiere sus propias municiones en la artillería de palabras y se aficiona a responder a las andanadas paternas con sus propias descargas de lisonjas y chantaje moral"* <sup>(4)</sup>.

Entre los factores que inciden en estas transformaciones, es evidentemente la masiva incorporación de la mujer al trabajo externo uno de los más importantes. El nuevo rol adquirido por las mujeres es lo que ha creado el desfase en el hombre en su rol de padre. Este, en cierto modo, *"se ha quedado sin identidad frente a la mujer, que ahora también es dura y fuerte..."* <sup>(5)</sup>. En tanto este proceso de *huída* de la mujer al exterior de la familia aún no ha terminado, ni se ha definido siquiera en una línea clara, la crisis se prolongará todavía durante un tiempo, antes de que las nuevas relaciones padre-hijo adquieran normativamente una constitución socialmente estable.

### **3. Las formas e intensidad del conflicto generacional en los momentos actuales.**

A partir de lo expuesto, veámos cómo se manifiesta, desde mi perspectiva, el conflicto generacional en los momentos actuales. Si es que existe, pues, como veremos, algunos se empeñan en decir que ya no existe, que progenitores y prole viven felices en una balsa de aceite.

Para algunos psicólogos, clásicos en el tratamiento de la familia, el conflicto generacional es consustancial al ser humano, y se explicaría sobre bases psicoanalíticas: *"la experiencia psicoanalítica nos ha enseñado que la propensión de los adolescentes a rebelarse no refleja sólo la impaciencia por lograr un mayor grado de autonomía respecto de los padres, aunque los mismos jóvenes sustenten esta interpretación. En los estratos más profundos del inconsciente predomina la rivalidad resentida con el progenitor del mismo sexo"* <sup>(6)</sup>. hasta la fecha ningún programa de investigación ha encontrado una explicación más satisfactoria, aunque las teorías que hablan de una urgencia en la adquisición de status, de independencia respecto del status paterno no dejan de ser también atractivas, y sin duda alguna son un buen complemento a los vacíos de la teoría psicoanalítica. La teoría de las generaciones, desarrollada a partir de ortega, y muy

historicista, señala el conflicto generacional como el instrumento básico del cambio social: "*la juventud tiene mucha mayor capacidad de cambio y mucha mayor flexibilidad que las otras generaciones coexistentes*"<sup>(7)</sup>.

Podríamos buscar una explicación más sólida que la de esas teorías, desde una perspectiva más puramente sociológica, planteando un cierto desarrollo micro-materialista: el conflicto generacional no sería sino el equivalente, en cierto modo, a las contradicciones que se manifiestan entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (el joven que adquiere la potencia física del ser adulto) y las estructuras existentes (el control de la autoridad en la familia, pero a la vez la organización general de la sociedad, en la que todos los *buenos puestos* ya están ocupados cuando el joven alcanza la madurez: deberá crear las condiciones para que él mismo pueda ocupar un *buen puesto*); desde esta perspectiva, sólo mediante el conflicto se daría una resolución dialéctica a la contradicción señalada.

Como esa prototeoría (que podríamos ubicar a caballo entre marx, marvin harris y toffler) no está desarrollada (o al menos yo no la conozco), no puedo tomarla como guía para explicar la situación actual del conflicto generacional, pero pienso que sería, hoy, la menos falsable de todas las señaladas. Pero algo de ello proponía hace cuarenta años un sociólogo francés, alfred sauvy, cuando se anticipaba con una justificación de carácter malthusiano a las grandes revueltas juveniles de los años '60: "*no hay duda de que los jóvenes acabarán por agujerear la coraza malthusiana que se opone a su integración; irremediablemente acabarán por salir a la calle y reclamar sus derechos*"<sup>(8)</sup>. una década más tarde, además de reivindicar la claridad y efectividad de sus previsiones, ajustaba estos planteamientos, y advertía sobre lo que considero la base auténtica del conflicto generacional: "*no basta con hacer hijos, hay que hacer hombres, y a esos hombres hay que acogerlos*"<sup>(9)</sup>.

Naturalmente, bajo estos presupuestos, el manoseado concepto de *generación x*, importado por los ideólogos de el país (verdú, gilcalvo, etc), resulta cuando menos ridículo, un refrito literario que supone el último coletazo del no menos vacío concepto de *fin de la historia*. Del mismo modo que cualquier otro conflicto social busca canales de resolución crecientemente consensuales, a medida que se desarrolla la democracia, así el conflicto generacional no tiene por qué presentarse indefectiblemente a través de la revuelta juvenil, o al menos no necesariamente del tipo de la operada en los años '60. Por otra parte, la fuerte carga ideológica de individualismo neoliberal que ha impregnado las sociedades occidentales (especialmente la española) en los últimos años, y en el cual han sido precisamente socializados (a través de sus familias y escuelas, pero sobre todo a través de los medios de comunicación de masas), conduce sin duda a una solución predominantemente individual del conflicto.

Pero que el conflicto existe, y que la solución individual no siempre se alcanza, se manifiesta de diversas formas, a menudo por la vía de la anomia: el suicidio (que con ser todavía minoritario acrecienta sin embargo su importancia entre jóvenes y adolescentes), la permanencia de tasas de drogadicción relativamente altas (aunque la heroína, de aspecto más anómico, haya sido sustituida por las denominadas *drogas de diseño*), y tasas crecientes de alcoholismo, lo que podríamos denominar *ocio conflictual*<sup>(10)</sup>, e incluso ciertas formas de delincuencia característica de los periodos de alta conflictividad juvenil (cabezas rapadas, etc), vandalismo, etc. todos estos casos, que sumados y en conjunto suponen tasas mucho más elevadas de anomia que las que sugieren los exégetas de la *generación x*, muestran el fracaso de la solución individual.

El supuesto pacto paterno-filial, por el que los hijos retrasan indefinidamente la salida del hogar familiar, podría verse como un signo de integración, pero, además de que se olvidan al hacer esos análisis las tendencias de la historia (que van en la línea, como señalaba antes, precisamente de

un retraso en la edad de incorporación al trabajo independiente y a la propia independencia, que sólo puede derivarse de ese trabajo), habría que preguntarse, y analizar en consecuencia, si ese aparcamiento permanente no supone una forma de enfrentamiento generacional, por cuanto no deja de ser un castigo a los padres.

Por otra parte, esos intentos manipuladores y maquilladores de la realidad dejan a un lado la existencia de capas crecientemente extensas de la juventud que reaccionan de forma más o menos agresiva, precisamente, contra la ideología dominante en las generaciones anteriores: el desarrollo masivo de las ong, la creciente participación en batallas ecologistas, la insumisión y, en general, la oposición al militarismo, son todos ellos ejemplos de rechazo a la ideología individualista, neoliberal y darwinista inculcada a los jóvenes a lo largo de la pasada década.

En cuanto a los *grandes conflictos*, que según la intelligentsia oficial (los gil calvo, sádaba, verdú y compañía) darían el márchamo de *rebelión* al conflicto generacional, personalmente no dudo de que no tardaremos en verlos aparecer (en España, a no más tardar en cinco años, si dentro de ese plazo no se han creado, o *liberado* por parte de las generaciones anteriores, al menos un millón de puestos de trabajo estables).

### NOTAS

1. Recientemente ha hecho su aparición en España el fenómeno de los llamados *Registros Municipales de Parejas*, destinados en principio a resolver ciertas problemáticas derivadas de las convivencias sin matrimonio, pero que de forma inmediata se han convertido en instrumentos primitivos de *legalización* de las parejas homosexuales. Diversas ciudades españolas, siguiendo los pasos de Vitoria, han instituido ya estos registros en sólo un par de meses.

2. Aunque también es cierto que precisaríamos de una perspectiva temporal mucho más amplia para poder percibir con certeza el impacto de los cambios sociales en el tema que nos ocupa.

3. Así, lo que *el profesor dice* o lo que *a los compañeros les dejan hacer sus padres* constituyen elementos de juicio que han adquirido importancia normativa en las relaciones padre-hijo.

4. C.C. Harris, *Familia y sociedad industrial*, op.cit., pag. 288

5. Declaraciones de Irene Lampsá, vicepresidente de la Liga para los Derechos de la Mujer de Grecia, a EL PAÍS, 1.V.94, pag. 24

6. B.Spock, *Tu hijo en tiempos difíciles*, Granica, Buenos Aires, 1974, pag. 165

7. Nerina Jansen, *La teoría de las generaciones y el cambio social*, Espasa Calpe, Madrid, 1977, pag. 171

8. Alfred Sauvy, *La montée des jeunes*, Calmann-Levy, Paris, 1959, pag. 221

9. Alfred Sauvy, *La rebelión de los jóvenes*, DOPESA, Barcelona, 1971, pag. 43

10. Véanse los numerosos conflictos surgidos en diversas ciudades españolas por el horario de cierre de los bares, derivados de las quejas del vecindario por los ruidos fundamentalmente, y que se han saldado en muchas ocasiones con graves enfrentamientos entre *trasmochadores* y policía.